

Gerardo Ramírez Vidal (2016); *La invención de los sofistas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas: Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, 56. 431 pp. ISBN: 978-607-02-8565-3

Hará dos o tres años cuando Ramírez Vidal me pidió leer un manuscrito en el que, según afirmó, todavía estaba trabajando y buscaba segundos ojos para tener un estado general del avance del borrador: fue la primera noticia y contacto que tuve con *La invención de los sofistas*. El título de primeras me pareció peculiar y tuve continuas sospechas de que podría tratarse de un título efectista, ¿la *invención* de qué y por parte de quién? Si ya Gorgias en *Sobre el no ser* ponía en duda la posibilidad del conocimiento sin emplear la palabra y en el *Encomio a Helena* ahondaba en el uso persuasivo de la palabra basada en la opinión (δόξα) y no en la verdad ni la lógica, me pregunté con esto qué otra extraña invención habría de esperarse de esos dinamitadores de los ejes axiológicos del conocimiento y de toda posible certeza epistemológica. Víctima de una aparente ambigüedad propia de nuestro idioma, con la lectura del borrador caí en cuenta del error de ser objeto de esa misma *invención*: los sofistas no habían inventado arma alguna que socavare o refundare la retórica, la filosofía, la παιδεία ni la democracia antigua, sino que ellos mismos, sus descripciones y su antagonismo con la filosofía habían sido la invención que el título de la obra pregonaba.

Tras reportar mis breves sugerencias y observaciones, pasaría tiempo antes de que tuviera nueva noticia del manuscrito: *La invención...*, me informaban, vería luz en la colección Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos (n.º 56) del Instituto de Investigaciones Filológicas. Esta colección se remonta a 1975 y todavía hasta 2004 (n.ºs 49 y 50) se avocaba principalmente por las traducciones de opúsculos helenorromanos o por el rescate y edición de libelos, poemarios, obras sueltas de autores novohispanos; los ensayos o estudios autógrafos¹ en cambio eran los menos. A partir de esa fecha se suceden diversos estudios cuyos temas oscilan entre la noción prometeica del progreso hasta el papel religioso, mítico y doméstico de las mujeres helenas y romanas, pero cuyos títulos sobra

¹ Al momento de escribir estas líneas el catálogo de la colección comprendía ocho números (51 a 58) adscritos a esta renovada tendencia.

mencionar en este reseña.² El libro de Ramírez Vidal se sitúa en este contexto editorial y de investigación, uno en el que los estudios clásicos mexicanos propugnan por realizar líneas de trabajo cada vez más arrojadas y desafiantes y donde, gracias a la conectividad de las redes académicas y de otros adminículos tecnológicos, se producen obras actualizadas como ésta.

Antes de responder la pregunta de qué abona este libro respecto a los sofistas, cabe insistir en la metodología que fundamenta y asiste al entramado expositivo: ciento veintidós pasajes o testimonios agrupados y numerados según los autores de donde provienen (treinta y ocho) sirven de corpus de esta investigación. En ellos el autor rastrea palabras derivadas de la familia **soph-*, como son σοφός, σοφία, σοφιστής, σοφιστική, σοφίζω, así como los compuestos φιλόσοφος, φιλοσοφία y, en menor medida, φιλοσοφέω; su corpus comprende de Homero (s. VIII a.C.) hasta Elio Arístides (118-180 d.C.) e incluye fuentes posteriores como Flavio Filóstrato (170-250 d.C.), en cuyas *Vidas de los sofistas* se encuentra ese famoso pasaje (I 481, 16-18) en el que revira contra sus coetáneos que llaman “nueva” a la sofística de su propio tiempo y recuerda el precedente de otra anterior, antigua (ἀρχαία); Filóstrato se refiere sin duda a la generación de oradores y escritores del siglo quinto a.C. y recomienda por consiguiente que a la sofística de su momento se la denomine “segunda” (δευτέρα) para evitar equívocos y preservar el antecedente cronológico. Asimismo, Ramírez Vidal no deja de citar las entradas ‘Σοφία, σοφός’ y ‘Σοφιστής’ del tardío léxico de Suidas (s. X) que sirven como cierre

Esta vasta selección responde a la necesidad de un corpus suficientemente amplio como para que los testimonios y no las selecciones parciales –decantadas usualmente por determinados autores y sus lecturas, Platón, Aristóteles y Jenofonte, por ejemplo– den voz a cómo, a quiénes y bajo qué contexto se usaban las palabras de la familia semántica **soph-*. El procedimiento es sistemático: el autor presenta primero la cita en griego de cada testimonio; luego, una traducción sin otro fin que servir de guía al lector ajeno al idioma griego, y, tercero, analiza los problemas de interpretación de cada pasaje confrontando ante todo el vocabulario de **soph-* en otros pasajes del autor o corpus antiguo, segundo consulta

² Un listado casi completo de los títulos de esta colección se puede consultar en la página de la Enciclopedia de la Literatura en México <www.elem.mx/institucion/editorial/1439/10/2988>, proyecto de la Fundación para las Letras Mexicanas A.C. y la Secretaría de Cultura de México.

los comentarios críticos de autores antiguos, en caso de haberlos, sobre ese mismo pasaje y finalmente recurre a la crítica moderna que los ha trabajado. Esta aproximación por diferentes frentes facilita la construcción progresiva del argumento central de Ramírez Vidal: el término σοφιστής no era peyorativo para los antiguos griegos y este uso marcado provino sólo de Platón; a esta conclusión la crítica moderna ya había llegado palabras más, palabras menos, pero Ramírez Vidal la lleva más lejos al afirmar que, en la antigüedad grecolatina, no hubo en lo absoluto un grupo de personas al que se pudiera denominar como “sofistas”; la invención de este grupo se habría originado igualmente en Platón (pp. 383-389).

Para llegar a esta conclusión el libro se divide en tres partes, cada una de las cuales corresponde a tres segmentos cronológicos; a su vez cada parte se subdivide en tres capítulos. Así, en la primera, “Los usos tradicionales de la familia de σοφός en época arcaica y clásica” (pp. 39-144), se recorren fuentes de los siglos octavo a cuarto a.C., como Homero, Hesiodo, los líricos y algunos presocráticos (cap. I: pp. 41-76), y toma especial atención por los estudios de caso del teatro griego (cap. II: pp. 77-115), donde el ciudadano pide para sí destreza y hace suyas las palabras de la familia **soph-* (p. 77), de modo que la tragedia y la comedia del siglo quinto a.C. hacen eco de usos cotidianos de esas palabras. A partir de los testimonios de este capítulo, el autor formula algunas conclusiones preliminares, entre ellas que en este periodo no se percibe la manida idea de una transición de μῦθος a λόγος, “de lo simple a lo complejo, de lo completo a lo abstracto”, y antes bien σοφία se halla más próxima a nociones como τέχνη (arte y técnica) que a otras de orden mental como sabiduría (p. 75). En esto colige seis acepciones recurrentes de las palabras de esa familia, que se ordenan de acuerdo con una progresión que parte de la 1) experticia artesanal, pasando por 2) el conocimiento y la experiencia, 3) el ingenio y la sagacidad, 4) la sensatez y el comportamiento ético, hasta 5) la noción de sabiduría y, sólo finalmente, 6) acepciones que refieren a un político o un maestro de política (pp. 85-90), siempre en un contexto práctico y de la pericia. Esta primera parte cierra con un análisis de los autores de la prosa clásica de los siglos V y IV, entre los que destacan los historiadores Heródoto y Tucídides, los maestros oradores Gorgias y Demóstenes y el médico Hipócrates (cap. III: pp. 117-144).

Llegado este punto, al inicio de la segunda parte “Sofistas y filósofos en Isócrates y Platón” (pp. 145-290), Ramírez Vidal se detiene para valorar las hipótesis con que cuenta e insinúa las conclusiones de esta segunda parte en un giro que denomina “El *quiebre* semántico” (cap. I: pp. 147-166), el cual atribuye a los diálogos de Platón (p. 148), quien, sin alejarse de las acepciones ordinarias para el tema **soph-*, imprimió en sus obras nuevos sentidos que divergen de los campos semánticos identificados en la primera parte. En este breve, pero fundamental capítulo pasa revista a los contextos en que aparecen normalmente las denominaciones de “sofista” y “filósofo”, para lo que se apoya incluso en tablas estadísticas sobre porcentajes y proporciones de uso del vocabulario en los autores de segmento clásico del corpus: privilegia el dato duro sobre el recurso retórico. Tras esto, en los siguientes dos capítulos, “La escuela de Gorgias” (cap. II: pp. 167-202) y “Sócrates y su escuela” (cap. III: pp. 203-275), expone la confrontación entre las escuelas iniciadas por Gorgias y por Sócrates, quienes tuvieron en Isócrates y Platón, respectivamente, sus notables herederos intelectuales; esta confrontación fue al mismo tiempo una batalla en la que cada grupo concibió para sí nociones propias de a qué llamaban “sofista” y “filósofo” y que, por si faltara menos, marcó el pulso entre ambos modelos filosóficos de escuela sin que, eso sí, se llevara a cabo una disociación semántica: ambos grupos, deja ver el autor, usaban indistintamente ambos términos. Con esto, Ramírez Vidal transita la génesis conceptual que diferenció, polarizó y marcó ambas nociones, en la cual el papel de Platón fue primordial:

Se inventa una *escuela* realmente inexistente como tal y se adjudica a sus principales representantes una serie de actitudes y palabras (etopeya). Los sofistas dibujados por Platón son personajes literarios con rasgos éticos adecuados a ese tipo de personajes; muchos de ellos existieron en la realidad, pero no pueden identificarse como sofistas. (p. 272)

Históricamente no hubo escuela de sofistas, pero sí personas que recibían ese nombre: salvo por los textos platónicos y aquellos de algunos discípulos, el mote se empleaba en el discurso social cotidiano de manera libre para insistir en la pericia de un individuo en actividades artesanales, intelectuales, oratorias o políticas. Identificado así el nudo gordiano desde donde nació la invención de los sofistas, esta segunda parte procede a dar el golpe de gracia a la concepción de un mundo escindido entre filósofos (verdaderos buscadores del conocimiento) y sofistas (charlatanes vendedores de cursos), pues el único apéndice del

libro, intitulado procazmente “Sócrates el sofista” (pp. 277-290), presenta un ensayo sobre la figura del Sócrates histórico –a quien no hay que confundir con el los diálogos platónicos– y los rasgos de su vida, formación o enseñanza que lo hacían también merecedor de ser llamado ‘sofista’ de acuerdo con los registros semánticos de dicho mote, es decir, un conocedor o hábil experto.

La tercera y última parte, “Sofistas y filósofos en Aristóteles. Esbozo del desarrollo posterior” (pp. 291-381), inicia con el capítulo “Los sofistas en Aristóteles” (cap. I: pp. 293-333) y se aboca a rastrear la identidad de esos personajes en la obra de Aristóteles y colige que, a pesar de ser discípulo de Platón, el Estagirita denominó “sofistas” a personajes diferentes de los que su maestro nombraba. Sólo después, a finales del siglo IV y durante el Helenismo, se extendió el apelativo “sofista” a otros campos para dejar de referir casi predominantemente a los maestros de retórica; en este contexto, según demuestra el capítulo “Prosecución de la tradición” (cap. II: pp. 335-351), las escuelas helenísticas se apropian del mote adecuándolo a sus propias conceptualizaciones, pero, nuevamente, sin oponer filósofo a sofista. Ramírez Vidal ejemplifica lo anterior con testimonios del estoicismo y el epicureísmo para reforzar el argumento de que no hubo tal influencia terminológica de Platón en sus coetáneos ni en filósofos posteriores; tras esto, así como hiciera en la primera parte del libro, testimonios en prosa de autores y textos ahora helenísticos para insistir en la falta de evidencia que apoye la idea de un grupo reconocible de sofistas. Respecto al corpus de fuentes en esta tercera parte, me remito a una advertencia de la Presentación: se presentan muy pocos ejemplos posteriores al siglo IV, y muy selectos, debido a que el autor se interesa en exponer las líneas maestras del desarrollo que σοφιστής y las restantes palabras tuvieron en esa época y no una investigación exhausta, “ésta es una tarea por hacerse”, remata (p. 11). Cierra esta tercera parte una “Historia de *sophía*” (cap. III: pp. 353-381), en la que se condensan de nuevo las conclusiones parciales que se han planteado y los tránsitos semánticos entre diferentes grupos de palabras (σοφός, σοφία, σοφίζω) y, finalmente, expone los cinco argumentos centrales (pp. 378-381) con base en los cuales sostiene que, al menos en los siglos V y IV, no hubo esa imagen despectiva con que Platón describe a los sofistas: “los sofistas [así como hoy día se los concibe] no son sino una magistral invención de Platón y una buena reinención de la filosofía posmoderna” (p. 381).

¿Qué abona finalmente este libro en cuanto al tema de los sofistas? En principio, con base en el análisis y crítica de evidencia testimonial lo más completa y diversa posible, se desmantela la imagen de unos envilecidos sofistas que relegan de la verdad y que anteponen sus intereses como maestros o expertos en retórica; hecho esto, se redimensionan los campos semánticos que tuvieron en realidad las palabras de la familia **soph-* y, así, la investigación y la crítica sistemática de cada testimonio elaboran un argumento filológico que puede con conocimiento de causa afirmar que los sofistas son “una genial invención de Platón” (p. 383) que difícilmente tuvo eco en dispersos autores posteriores –ni siquiera Aristóteles emplea las acepciones platónicas–. La impronta de este proyecto argumentativo se ve igualmente sellado en la construcción arquitectónica del libro: se divide en tres partes que, a su vez se dividen en tres capítulos y éstos religiosamente no dejan de tener su propia triple subdivisión de presentación, desarrollo y conclusiones, como si el capitulado residiera en unidades autónomas de lectura. El hecho de que la tercera parte no contenga un corpus tan amplio como el de las otras dos refleja la extrapolación de las conclusiones a que llega Ramírez Vidal con base en los testimonios de Homero a Aristóteles hacia el periodo helenístico y posteriores: se trata más de una guía maestra de análisis que un estudio finito, en la que comprueba que sus hallazgos hasta Aristóteles son aplicables a las fuentes del Helenismo y tardías.

En su investigación, el autor testimonia la contienda ideológica, filosófica y, por ende, terminológica que se dio en el siglo V entre las, así denominadas por él, escuelas de Gorgias (Isócrates) y Sócrates (Platón) en el terreno de la invención y la especulación discursiva que tenían por propósito disminuir al otro. Con esto, la escuela socrática, representada por Platón, crearía un programa propagandístico para inventar unos rivales y, luego, desprestigiarlos al disociar la manera con que se los refiere: si originalmente *φιλόσοφος* y *σοφιστής* estaban muy próximos semánticamente, según demuestra el libro, los diálogos de Platón entonces tratarían de escindirlos en dos campos diferentes, cada uno para nombrar un grupo de personas diferente: la primera buena y cargada de virtuosas intenciones con que se refiere Platón a sí mismo y a los suyos, y la segunda ignorante y caricaturizada para designar a unos supuestos antagonistas.

En esto hay un problema que el libro no resuelve. Ramírez Vidal achaca a la lectura que los modernos hicieran de Platón la actual concepción de la oposición entre filósofos

(buscadores de verdad) y sofistas (charlatanes). ¿Sobre qué base reside esta acusación? El libro no proporciona explicación lo suficientemente sustentada que apoye esa idea, que más bien insinúa su nacimiento en un proceso de descarte poco exhaustivo, casi como en este ejercicio mío de la imaginación entimemática, pues la premisa podría ser: “si la oposición sofista/filósofo no puede rastrearse efectivamente entre los antiguos –salvo por Platón y casos realmente aislados–, por tanto se ha de hacer concebido entre los modernos (quienes leyeron la versión de Platón sobre este asunto)”. *In abstracto* el autor hace a los modernos diana de sus dardos, por ejemplo, cuando habla de la capacidad de Isócrates y Platón para crear enemigos ficticios, cierra no sin invectiva y originalidad: “Platón inventa a sus propios enemigos con el propósito de vencerlos en debates ficticios. El cuadro resultante es un simulacro, un juego del intelecto: *es la Sofistópolis platónica, que estará en la base de la Sofistópolis moderna*” (p. 271; cursivas mías).

De igual manera puede consultarse el pasaje citado líneas arriba, “los sofistas no son sino [...] una buena reinención de la filosofía posmoderna” (p. 381), de donde sólo puedo cuestionar: ¿qué entiende Ramírez Vidal por “moderno” y “posmoderno” y a qué autores de la filosofía posmoderna se refiere? El dedo acusador prefiere no comprometerse más de lo necesario y para sus lectores quedan esos pasajes cortos y fulminantes sobre la complicidad de los (pos)modernos con Platón que quiero sugerir como un ejercicio análogo al platónico de una invención del propio enemigo simpar: las lecturas sesgadas de la Posmodernópolis ramirovidaliana que reproducen y validan el constructo ficticio de Platón sin contrastar con la evidencia filológica. Esta cuestión no se ha de resolver en esta reseña, pero sirva de guía para revisar los entresijos argumentales en los que se erige este libro que, sin dubitación alguna, sugiere las sendas de análisis aun no exploradas: en las conclusiones se dan indicios sobre la manera en que pudo nacer esta lectura moderna sobre los sofistas (pp. 390-392) al referir la crisis de la escolástica y el advenimiento del platonismo que la desplazaría en el siglo XVII; pero dos páginas, opino yo, no son suficientes más para incitar nuevos estudios que reconstruyan la historia y filología de las duplas sofista/filósofo y sofística/filosofía ahí donde Ramírez Vidal la deja en el siglo IV y la manera en que esos testimonios fueron leídos de modo que los modernos erigirían su propia Sofistópolis sobre los cimientos del platonismo.

Por suerte, hoy en día y al menos en los círculos universitarios, se ha deslavadado la mala fama de los sofistas de los siglos V y IV gracias a las investigaciones que han ahondado en su pensamiento y escritos (recomiendo en este caso a Pernot, 2016), quedando, no obstante, todavía la idea de que constituían un grupo más o menos identificable de oradores y maestros de retórica. Esta segunda idea fue la que dinamitó, con toda la prueba crítica y filológica a que tuvo acceso, Ramirez Vidal dejando abiertas a cambio algunas cuestiones: ¿cómo se leyó y pensó a Platón y los, ahora modernamente llamados, sofistas? ¿Bajo qué contextos, premisas, procesos históricos y formas de pensamiento se llevó a cabo su lectura?, y todavía más preocupante: ¿cómo rehabilitar la memoria histórica de un grupo que en realidad nunca existió?, ¿qué consecuencias tiene la inexistencia histórica de los sofistas del siglo V para la historia de la retórica, de la filosofía, del pensamiento y de los estudios clásicos? Siempre es bienvenido un libro como éste que deshace problemas, endereza equívocos y promete nuevas interrogantes: así sean inventados –en el mejor de los sentidos posible–, una trama sin antagonismo, sin confrontación, sin rival no provoca disenso ni réplica y habría inhibido las discusiones y los debates que se congregaron en *La invención de los sofistas*.

BIBLIOGRAFÍA

PERNOT, Laurent (2016); *La retórica en Grecia y Roma*. México: UNAM.

Marco Mancera Alba
Universidad Nacional Autónoma de México
(México)
mrcmancera@gmail.com